

I

El viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente a las plantas del Santo Ermitaño, narraba con sincera y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida; de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo a los más crueles y satánicos cultos del Vicio y del Crimen.

Sus manos feroces y acerbas de zarpa, se cruzaban, ahora, sobre el pecho, en un ademán suplicante de fervorosa imploración, o se tendían desesperadas, al cielo, trémulas y angustiosas, en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

En las tinieblas relampagueantes de sus pupilas sanguinarias, parecían abrirse nacientes y remotas claridades, como si en su fondo comenzaran a albo-

rear los azules y vagos reflejos de una tácita y milagrosa aurora de paz y de consuelo inefables.

Y por su voz, autoritaria y áspera, como forjada a martillazos sobre el hierro más duro, pasaban, a veces, rápidos enternecimientos de armiño, suavidades y frescuras desconocidas, algo así como el aroma purificador y embrionario de una promesa de primavera...

De cuando en cuando se detenía tembloroso y espantado, como si de súbito, a la material evocación de cada nuevo episodio, sus ojos se desvendasen y por primera vez sintieran todo el horror y todo el vacío del tenebroso e insondable abismo, en el que se fueron hundiendo, uno tras otro, sus días fugitivos y estériles, arrebatados por el frenético torbellino de las pasiones más violentas.

El Santo Ermitaño, sentado en tosco y miserable escabel de madera, le oía inmóvil, imperturbable, en la augusta serenidad de su recogimiento, con los codos apoyados sobre las rodillas, y con la frente, pálida y mustia de meditaciones, reclinada en la eucarística blancura de sus manos escuálidas y exangües.

Era flaco, enjuto y retorcido, como si estuviese formado por las más hondas, puras y ocultas raíces de la oración y de la abstinencia.

Una luminosidad suave y penetrante parecía fluir de todo su sér, espiritualizando la severidad ascética de sus facciones, magnificando con su esplendor de fastuosas púrpuras imperiales la miseria sórdida y raída de su pobre sayal de estameña, y dando a la transparencia azul de sus miradas un divino fulgor de cielo en éxtasis, como si en su interior ardiesen, alimentadas por la fe más ardiente, todas las maravillosas y perennes lámparas de la vida.

Bajo la apoteosis dorada y purpurea del crepúsculo, en la paz inefable y mística de la hora, por los rústicos senderos, floridos de penumbras, resonaban piadosamente las lentas y acompasadas salmodias de los peregrinos.

Austeros y graves, apoyados en sus santos bordones, y flotantes al viento las luengas guedejas desgredadas, ascendían en largas filas, hasta la cumbre frondosa y abrupta, donde, entre el verdor húmedo de los álamos, albeaban los altos y esbeltos muros del milagroso santuario.

Por las enmarañadas laderas del monte, por las cañadas olorosas y fértiles, y a lo largo de las riberas pródigas del río, los pastores dirigían al aprisco sus ganados, entre silbos de hondas, balar de corderos,

ladridos de mastines y trémulos y musicales desgranamientos de flautas y zampoñas...

Las ovejas, envueltas en la indecisa polvareda crepuscular, descendían por las herbosas vertientes, ramoneando en las zarzas y en los saucos de los vallados y de las cercas, husmeando en los matorrales, y sonorizando el silencio con el claro y agudo temblor de plata y de cristal de las esquilas tambaleantes...

Los peregrinos paseaban lentamente entre ellas, con las manos extendidas derramando bendiciones; ahuyentando, con la santa eficacia de sus conjuros, todas las plagas y todos los maleficios que descendían sobre los rebaños.

Sus voces se derramaban en la brisa como un perfume de santidad:

—¡Que el divino y blanco cordero, que bala en los puros y fuertes brazos del Bautista, impida que los agudos dientes del lobo y las terribles garras de la pantera, que rondan por la noche en torno de los rediles, se claven en vuestras nuca!

—¡Que la casta y alba paloma del Santo Espíritu ahuyente y ciegue con sus fúlgidos triángulos de luz a las águilas rapaces y a los inmundos quebrantahue-

sos, cuyas curvas y afiladas uñas, anhelan ensangrentar la cándida blancura de vuestros suaves vellones!

—¡Que las rastreras víboras del estío no viertan en vuestras venas la corrosiva ponzoña de sus mortales agujones, cuando sesteéis a la sombra de los benditos árboles que alegran la amarillenta aridez de los rastrojos!

—¡Que nunca os falte la frescura del agua en las barrancas, ni la hierba del Señor en las praderas!

—¡Que ninguna epidemia os diezme, ni los aludes que ruedan de las altas cimas os arrastren al fondo de los negros precipicios!

—¡Que los blancos y rubios serafines que custodian las heredades, os libren del mal de ojo y del pernicioso influjo de esas malas gentes que atraen la desgracia por donde quiera que proyectan su sombra!

—¡Que vuestras ubres, repletas y desbordantes siempre de la más pura y sabrosa leche, alimenten sólo buenos cristianos, temerosos de Dios, y que vuestros finos vellones, hilados en ruecas de plata por manos de vírgenes princesas, cubran las místicas desnudeces de los santos en los altares perfumados con mirra, áloe e incienso, y abriguen a los humildes

de corazón que buscan un refugio en la casa de Dios!...

—¡La bendición del Señor y todos los dones del cielo caigan perennemente sobre vuestras cabezas y las de vuestros dueños!

Y los blancos corderos, como agradecidos de aquellos santos augurios, refregaban humildemente sus finos y húmedos hocicos en los pardos sayales de los penitentes.

Algunos, más familiares, llegaban hasta lamer con sus lenguas ásperas y lijosas, las manos endurecidas, y las plantas desnudas y llagadas de haber regado con su sangre las asperazas de todos los caminos.

También los pastores, dando pruebas de profunda veneración, se arrodillaban a su paso, abandonando el cayado y la zampoña a orillas del sendero, para ofrecerles, en ingenuas y devotas actitudes, que evocaban las viejas y piadosas adoraciones natales, sus odres de cuero, rebosantes de fresca leche, y sus cuencos de madera, desbordantes de hidromiel.

Algún mastín, agitando el hierro de su carlanca, y estremeciendo festivamente la larga y lanuda cola, humedecía sus amarillentos y retorcidos colmillos en las bullentes e irisadas espumas de un torrente que,

con estruendos de cascada, rodaba atronante entre las rocas, perlando de plata las campanillas y los nardos silvestres que se balanceaban como incensarios a los soplos de la brisa.

El esquilón de la ermita rezaba el Angelus...

Una paz inefable, una maravillosa beatitud parecía bajar de los altos cielos, azules de serenidad, cobijando y recogiendo a la tierra bajo la sombra de sus blancas e inmóviles alas de Arcángel, perfumando de una suprema religiosidad los campos adormecidos, purificando la atmósfera y los pensamientos, y dándole al crepúsculo mágicas y sobrehumanas sonoridades de laudes de plata y de arpas de cristal...

Éxtasis puro y santo de la hora, donde todo parece diluirse en una plegaria silenciosa, en un desmesurado anhelo de inmensidad, en una quietud de infinito anonadamiento, en un divino mutismo, en el que se acallan milagrosamente los más rebeldes tumultos del corazón y de la conciencia!...

Manos invisibles de suavidad y de consuelo encadenan, con frescas guirnaldas de lirios en flor, todas las fierezas y voracidades del deseo; y a su amparo las conciencias se abren para purificarse, como esas

flores que sólo dan su fragancia en el misterio de las sombras...

¡Hora solemne y pía!... ¡para arrodillarse al borde de los caminos que conducen a los santuarios e inclinar nuestra altivez, hasta besar filialmente la pródiga tierra de la que fuimos amasados!

¡Permanecer así, con los labios pegados a ella, respirando su aliento purificador y absorbiendo sus jugos maternos, hasta que sintamos florecer en nuestro cuerpo y nuestra alma las rosas celestiales del milagro, mientras el blanco y blondo Arcángel del crepúsculo eleva hasta la apoteosis de los altos cielos profundos, en las alburas de sus manos, como manojos de místicas azucenas, la inmaculada pureza de nuestras íntimas plegarias!...

## II

El viejo y altivo castellano, postrado de hinojos, con los labios casi pegados al oído del Santo Ermitaño, como temeroso de que alguien pudiese respirar el aliento de sus palabras, proseguía purificando su conciencia con la narración detallada y minuciosa de su historia...

Sus manos crispadas y sus ojos desmesuradamente abiertos, se tendían a los cielos en la angustia desesperada de una suprema imploración, y la bárbara y ríspida maraña de sus barbas, de un gris casi plata, se arremolinaba encrespada y fosca, fluctuante sobre la adamasquinada coracina, a los violentos impulsos de su respiración acongojada y jadeante.

Eran narraciones sombrías y medrosas, de esas que

se glosan a media voz, con bruscos escalofríos de pánico, al rescoldo del hogar, bajo las amplias chimeneas campesinas, en las largas y lluviosas veladas invernales, mientras que la ventisca, con sus gélidas alas de murciélago, azota las vidrieras, y el viento, aullando como un alma en pena, estremece los muros y hace crujir y saltar los oxidados herrajes de las viejas puertas desvencijadas.

A su recuerdo, se despiertan y santiguan despavoridas las doncellas, cuando caen, lentas y graves, como los golpes secos de un azadón sobre la tierra de una fosa, en la cóncava soledad del silencio, las doce plañideras y fatídicas campanadas de la media noche.

Y en todos estos relatos flameaba fieramente su penacho de guerra, el alma dura y cruel del altivo caballero.

Fortalezas tomadas a sangre y fuego, en la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos...

Entre las llamas y el humo del incendio, el estrépito de los bastiones que se derrumban y los ayes de los moribundos, manos cruzadas se tendían suplicantes, implorando clemencia, y voces angustiosas, en los desesperados estertores de la agonía, clamaban misericordia en el santo nombre de Dios...

Y el puñal se hundía violentamente en las carnes, a través de los intersticios de las armaduras, buscando el corazón, y las ferradas mazas caían, como martillos de jayanes, sobre los cráneos indefensos, haciéndoles saltar deshechos...

¡Ricas y poderosas abadías, saqueadas sin compasión, con la brutalidad más desenfrenada del pillaje: el hacha de armas destilando sangre en la mano y la blasfemia espumajeando rabia en la boca!

Las lámparas rotas; las Sagradas Formas pisoteadas sacrilegamente; las santas imágenes, escarnecidas y mutiladas, con las cabezas truncas rebotando sobre la mármorea y maravillosa policromía de los mosaicos bizantinos, mientras en los cálices cincelados de oro, en los ciborios relucientes de gemas—votivas ofrendas de la paciencia devota y el fervor exaltado de los más hábiles y famosos artifices—hervía el vino de los sacrificios rituales mezclado con la sangre aún cálida y humeante de las pobres víctimas, en las manos brutales de la soldadesca, ébria de placer y de crimen; y sobre la santidad de los altares, extendían sus tálamos infamantes la violación y el estupro...

Raptos a media noche, sobre las grupas de salvajes

corceles, bañados de sangre desde las crines revueltas hasta los cascos martilleantes, tendidos como flechas, en un galopar desenfrenado y frenético, por un fondo humeante de desolación y de ruinas...

Nobles y hermosas doncellas, desgarradas las vestiduras y ahogadas por la férrea presión de las mordazas, se retorcián desesperadamente entre sus brazos de acero, en carreras apocalípticas, a través de los bosques talados y de las llanuras asoladas...

Las deshechas y sueltas cabelleras, tendidas a los vientos de la noche, humeaban entre los resplandores y las chispas de incendio, como antorchas recién apagadas...

Su crueldad insaciable necesitaba a cada instante nuevas víctimas que inmolar, nuevos y más truculentos manjares con que nutrir a tantas fieras monstruosas como rugían de hambre en el obscuro y profundo cubil de su alma.

Todos los días las voraces aves de rapiña revoloteaban, graznando, en torno de las altas torres de su castillo, para devorar los miserables despojos de los cadáveres que pendían de los garfios de las almenas...

¡Con qué furia picoteaban aquellos pobres ojos inyectados y vidriosos por el trágico espanto de la

muerte, que a los rayos del sol parecían arder, encendidos por intensas y sobrehumanas cóleras, como reclamando al destino un castigo ejemplar para su implacable verdugo!...

A veces su crueldad tenía refinamientos inauditos, rasgos tan trágicos y a la par tan grotescos, que espantaban...

Cosía a sus enemigos en pieles de ternera recién degolladas, y los lanzaba de esta guisa a los montes más inhospitalarios para que sirvieran de presa a las alimañas de los bosques o cazarlos de nuevo con sus jaurías de perros salvajes, entre las carcajadas de sus monteros que con sus corvos y afilados cuchillos los remataban...

Sus festines habían alcanzado una lúgubre popularidad en todos aquellos reinos, y más de un juglar había encontrado en ellos motivo para las más espantosas farsas y los más espeluznantes romances...

¡Cuántos nobles convidados a su mesa después de una orgía digna del más monstruoso Sardanápalo, serpentearon de dolor bajo el delirio alucinante del veneno, mientras el anfitrión, con su látigo de piel humana y sus silbidos de chacal, azuzaba a sus fármacos mastines para que con sus dentelladas

hiciesen más espantosa la agonía de aquellos infelices!...

Jamás en el estéril granito de su alma, rígida, dura y tenaz como una espada, pudo florecer el santo lirio de la piedad y la celeste violeta de una buena acción...

Se reía burlonamente de las lágrimas, con la misma insolente truhanería con que celebraba los gestos dislocados y las piruetas inverosímiles de sus histriones...

Desde la cima inexpugnable del rocoso picacho, donde se alzaba, como un verdadero nido de águilas, su almenado y fuerte castillo solariego, entre el estruendo de los cuernos de guerra y los alaridos de sus mesnaderos, descendía hasta el fondo de los valles, como una avalancha, a cuyo paso todo desaparecía y se aniquilaba en la desolación más espantosa...

Los aldeanos se santiguaban al oír su nombre, como si nombrasen a Satánas, o apareciesen, nublando los cielos, esos negros y confusos nubarrones que anuncian, en los fértiles días del verano, el pedrisco que mata a las mieses o la terrible tempestad que desborda los ríos y destruye las cabañas...

Los burgos y las alquerías comarcanas, porque los

los libertasen de las furias del indómito castellano, hacían desbordarse de ofrendas votivas las capillas de sus santos patronos.

Grandes cirios de cera virgen ardían perennemente en los floridos altares, y entre el humo de los incensarios y los acordes de las arpas y los laúdes, la multitud, arrodillada, cubierta de ceniza como para una expiación, elevaba al cielo sus rogativas...

A su presencia, las rodillas más firmes se doblaban, los rostros más varoniles palidecían, y las matronas grávidas sentían los dolores dislacerantes del aborto...

El viejo castellano recordaba ahora, con espanto, sus propias hazañas, y al narrárselas al Santo Ermitaño, parecían quemarle los labios, con todos los fuegos del infierno...

Legiones interminables de espectros resucitaban en su memoria, en un aquelarre espantoso, cuyos aullidos de dolor y gritos de venganza atenazaban su corazón en un suplicio diabólico...

Algunos, entreabiendo con sus manos esqueléticas los rotos sudarios ensangrentados, le mostraban en gestos que le hacían erizar de espanto los cabellos, húmedas aún, como si fueran recientes, las antiguas heridas...



En la noche atribulada y oscura de su espíritu rugían los vientos acusaciones terribles y fatídicas amenazas.

¿Qué has hecho de mi hijo?—prorrumpía el fantasma de una pobre madre, a quien él mandara un día, como rico presente de cumpleaños, envuelto en fastuosos paramentos de tisú y oro, el cuerpo desnudo y acribillado de saeteazos de su único hijo, tendido sobre un azafate de plata repujada, tan grande y pesado que cuatro fornidos mesnaderos apenas podían sostenerlo.

¡Devuélveme a mi esposo!—le recriminaba en la sombra la voz desgarradora y lacrimosa de una joven condesa, a quien arrojó con una catapulca, la cabeza canforada de su marido, hecho prisionero en una traidora celada, cuando, desarmado, con el jerifalte al puño y en los ojos la alegría del amor y la vida, salió a volar garzas, a los días siguientes de sus nupcias.

Pero lo que más le atormentaba era la imagen de una bella y noble infanzona, a la cual su ferocidad había hecho apurar todos los tósigos del infierno.

Su recuerdo se interponía siempre, como una sombra, en su camino, obligándole a detenerse espantado, erizado el cabello, sin atreverse a volver el

rostro, por miedo a encontrar, expiándole para martirizarle, aquellas grandes y azules pupilas llorosas, cuyas miradas las sentía penetrar en su corazón como la fría hoja de un puñal asesino...

Muchas veces, en plena orgía, apartó la copa de sus labios, al contemplar su silueta, muda e inmóvil, acurrucada tras un tapiz o como formada por el aliento de algo muy misterioso esfumarse en los borrosos cristales de los amplios espejos, y el vino se derramó en la alfombra sin que él lo gustase...

Y la veía ahora, como siempre, allí, a su lado, igual que se le apareció la vez primera, cuando desmelenada y lívida, cruzó el puente del castillo, para arrojarse a sus plantas, implorando la vida y la libertad de su padre: un anciano infanzón a quien había apresado yendo de romería al sepulcro del Santo Apóstol de la Cristiandad, y que retenía con la esperanza de un espléndido rescate, en una de las mazmorras de sus prisiones...

Bajo el velo trémulo de las lágrimas, sonreía inefablemente la gracia espiritual de su hermosura, evocadora de aquellas madonas dolorosas que inmortalizaron los ingénuos pinceles de los primitivos en los frescos claustrales de Pisa y de Siena.

A la contemplación de tanta hermosura y de tanta inocencia juvenil, una idea satánica pasó de súbito por la mente del castellano, y bajo sus negros y ásperos mostachos una sonrisa triunfal dejó al descubierto, por un instante, la cruel blancura de sus dientes de lobezno.

Fingiendo una conmoción profunda y un arrepentimiento sincero, alzó galantemente a la hermosa doncella, y mandó que, libre de grillos y de cadenas y con todos los honores correspondientes a su alta alcurnia, condujesen al padre al más suntuoso de sus salones señoriales, aquel donde, sentado en una especie de sólio con dosel blasonado, acostumbraba a recibir el homenaje de sus deudos y de sus vasallos.

Sus hombres de armas se miraban extrañados de tanta y tan desusada magnanimidad, trocando en voz baja expresiones de asombro, y señalando en la belleza y en la juventud de la infanzona las verdaderas causas de aquel, para ellos, incomprensible milagro.

En el umbral apareció la grave y austera figura del anciano, seguida de pajes y escuderos.

Los regatones de las picas golpearon, en su honor, cinco veces el suelo, y las trompetas de oro dejaron escapar sus vibrantes clamores.

El castellano se inclinó ceremoniosamente ante el anciano, y sin darle aún tiempo para caer en los brazos de su hija, ordenó a sus sicarios que le encadenasen fuertemente a una silla de fuego, bárbaro suplicio con el cual solía solazarse.

Y mientras el infanzón se retorció de dolor, a su presencia, sin que le apiadasen súplicas ni lágrimas, entregó a la hija a la lubricidad vinosa y repugnante de sus bufones.

Al día siguiente, en los muladares del castillo, los cuervos y los perros salvajes se disputaban los despojos de dos cadáveres, mientras en los bosques cercanos atronaban el silencio matinal los roncocos ecos de las trompas de caza y el jadeante ulular de las jaurías del castellano...